

# ARTE - AMOR - TRABAJO

Discurso leído el día 30 de abril de 1968 por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Pinazo Martínez en su recepción pública como académico de número

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES;  
SEÑORAS Y SEÑORES:



Ignacio Pinazo Martínez: «Bronce de Ignacio Pinazo Camaróench». Donativo a la Real Academia de San Carlos en su ingreso como miembro de número.

Tengo verdadera impaciencia por significar mi honda gratitud y, por tanto, dar las más expresivas gracias a la docta y Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de esta mi madre Valencia, por el honor que me hace de recibirme en su seno; gracia, gentileza y honor que pone de manifiesto su bondad más que mis merecimientos; y más aún, hondamente agradecido por cuanto a tan docta Corporación perteneció mi buen padre y maestro, y con el afectuoso y emotivo acicate de que se me va a imponer la misma medalla que un día ostentó en su pecho mi padre.

No escapará, pues, a tan ilustre auditorio la honda emoción que en estos momentos embarga mi ánimo al recuerdo imperecedero de que a la vida artística vine al amparo y cobijo de la Academia y Escuela de Bellas Artes de San Carlos, de esta entrañable Valencia nuestra. En ella nacimos,

vivimos y nos formamos los tres: mi buen padre y maestro, que vivió, floreció y murió en Godella; mi hermano en ella realizó sus estudios y su obra llena de amor, belleza y poesía en *Floreal*, y yo, pobre de mí, después de mis cursos en la Escuela de San Carlos, y en San Fernando, de Madrid, comencé la partida del vivir, luego de mi estancia en Roma como pensionado de la Excm. Diputación nuestra, con mi obra *El Saque*.

No se alarmen mis ilustres oyentes y admirados amigos de Academia si este exordio o prólogo se alarga más de lo debido en razón a mi discurso de entrada, pues antes he de rendir, con el respeto debido, el justo homenaje al escultor y amigo, como lo fue mi antecesor, Vicente Beltrán, galardonado con primera medalla en nuestras exposiciones nacionales. Fue siempre su obra admirable. Quede, pues, patente en estas palabras el testimonio de mi homenaje de buena amistad y sincera admiración.

\* \* \*

Hace tiempo, insignes y grandes artistas, al no poseer, según ellos, aquellas dotes necesarias para realizar un discurso que, a la manera de su momento, fuese perfecto de forma y fondo, iniciaron la feliz idea de entregar una obra y que ésta fuese la que por ellos hablara. Muy feliz y plausible propó-

sito; pero me sorprendió cuando, después de tan feliz iniciativa, no renunciaron a hacer su protocolario discurso, siendo éstos admirables lecciones de técnica y concepto de arte; por ello en el presente caso mío voy a solicitar que se me acepten unos comentarios sobre arte, sin la menor pretensión, claro está, de crítica ni censura. Y así, ahora quiero recordar el ingenioso pensamiento y frases elocuentes de Quevedo, que decía: «¿No ha de haber un espíritu valiente? ¿Siempre hemos de sentir lo que se dice y nunca hemos de decir lo que se siente?» Pues yo voy a decir lo que siento, sin más propósito que distraer brevemente vuestra valiosa atención, que tanto me honra y satisface.

\* \* \*

ARTE, AMOR Y TRABAJO, temas que nacieron en mi estudio en Madrid, cuando mi buen hermano venía, a horas tempranas, a ver cuanto hacía yo en mi bohemio rinconcillo de la calle de Lope de Vega, en Madrid, casa que, según mis noticias, construyeron los artistas Madrazo, y que entre varios estudios hicieron uno para ser habitado por un verdadero Rodolfo, que, al correr de los años, hube de ser yo, y que para llegar a él había que subir ciento veintiocho escalones. (Permitásemme recordar aquella frase que Mimi, en la *Bohème*, no de Puccini, sino de Leoncavallo, dice a Rodolfo en su *racconto*: «Vivo en un nido de golondrinas.»)

Perdón por estas digresiones.

## ARTE

Respetando, claro está, las opiniones contrarias a la mía, sin embargo, yo creo que el artista nace y no se hace. Son muchos los casos que conozco de seres nacidos en un ambiente no relacionado en absoluto con las artes y salir de él grandes pintores, músicos, poetas, etc. Con esa virtud que no es ni más ni menos que ese sentimiento de arte que germina en el ser que, atraído por la belleza de las cosas, ama en principio, casi sin darse cuenta, la belleza, que, a mi modo de ver, no es sino el sentimiento que producen en nosotros las cosas, los seres y la naturaleza toda. La belleza es ese germen que florece y fructifica en el ser, que al admirar las cosas todas de la naturaleza hacen nacer en uno una expresión de arte, expresión estética del sentir de uno y que revelamos por medio de las manifestaciones artísticas más propicias a nuestro sentir para expresarnos y hacer ver a los demás la belleza, que no es estética, no: es el alma. Y no es el alma que va al cielo, no: es la que vemos elevarse por sus méritos y virtudes a la gloria del arte y a todo lo que engrandece a la humanidad.

A mi modo de ver y sentir, estas apreciaciones y sentimientos son los que más tarde culminan en la producción artística, formando la obra plástica, en escultura, pintura, música, etc., y ello, asimismo, en esa virtud y desarrollo del entendimiento; es la belleza poética que el artista traslada genialmente a un *Juicio Final* o a una *Venus*; ése es, pues, el sentir, que, aunque naciera en ambiente ajeno a toda manifestación artística, es la necesidad y deseo de, por medio del arte, satisfacer lo que de natura vio en la propia naturaleza, y con ello hacer ver al espectador cómo plasmó en su alma aquel elemento que tan vivamente le impresionó

y que únicamente se puede mostrar a los demás por medio de una de las artes: arquitectura, música, poesía, pintura, etcétera. Las obras nuestras, cuadros, esculturas, poesía, sonatas, etc., son como los hijos, que tienen su inspiración en el amor, y de lo que nace de éste, a nadie se parece: «Ello es amor», *¡pues cuando en nada se cree, nada se crea!*

Es éste momento difícilísimo de las artes en general, y que yo me permito apellidar de transición, y quiera Dios alcance, pobre de mí, a ver el nuevo resurgimiento de esta lamentable época, en la que se llama gran cantante a uno que no tiene voz y ni siquiera conocimiento musical. Viene ahora a comentario cuanto don Francisco de Cossío, nuestro admirable escritor y crítico de arte, y por tanto gran conocedor de las artes, decía en una de sus crónicas, precisamente publicada en nuestro admirable decano de prensa, *Las Provincias*: «Fulano y Mengano tienen la culpa de que pinten los que no saben.» La prisa, el desenfado, la audacia y... son la antítesis del logro del arte. Quizá por el camino del amor sea más propicio el logro, ya que se requiere trabajo, sacrificio y abnegación. Cousin dijo: «Los tiempos de escepticismo son contrarios al progreso de las artes.» Esperemos, pues, que venideras generaciones convengan en una razón más atinada que la actual para «saber hacer», que saber hacer no es cosa fácil.

## A M O R

... Pues, señor, cuentan que un día acudió un joven castellonense en busca de uno de esos talleres-estudio que en mi *entrañable* madre Valencia abundan y subsisten en infinidad de callucas, nuestras, íntimas y pintorescas, donde anidan ignorados artistas, artífices admirables e ingeniosos, que realizan esa labor callada, abnegada y brillantemente interesante y que, por modestia e infinidad de íntimas dificultades, no salieron nunca, ni salen, a la luz del día; sacrificio abnegado del arte. En uno de esos muchos talleres-estudio existía tiempo ha uno de esos artistas, pintor por cierto, en la calle de Cuarte Extramuros, autor de múltiples tablas que llenaban los retablos de las iglesias de aquel entonces y que los técnicos de la crítica e investigación apellidan de autores anónimos.

No puede ni debe sorprendernos que muchas de esas tablas que llaman de «autores anónimos» sean el testigo fiel de que el arte grande y sincero es manifestación que tanto entraña y dice, ya que deshumanizar el arte es de cerebro orgulloso que deja de ser sentimental: la inteligencia sin bondad no es inteligencia ni lleva en su alma el completo del sentir; «amor», ese que tras una joya, como en *La Divina Comedia*, está el que inspira Beatriz, y dentro de personajes tan sabiamente llevados a la vida por el inmortal ingenio del inmenso «manco», que hizo nacer el amor por Dulcinea. Siempre es, por tanto, el compañero inseparable del arte el amor, unido también al trabajo, al estudio y al sacrificio. Quede sentado que sin ellos no hay logro en el arte y sin ellos no hay amor. Benavente dijo: «Sin corazón no se puede vivir; y el que no tenga, tiene que inventarlo.»

Así, pues, en aquel taller moraba un maestro, pintor, hombre sencillo y de singular bondad que vivía sólo con su hija, ya que su compañera esposa había abandonado para siempre, tiempo atrás, la tierra donde nació, dejando para consuelo del artista una de esas bellísimas muchachas tan abundantes en mi tierra natal, Valencia, y por tanto, preciosa criatura que en ésta son canon de belleza. Allí acudió nuestro joven con la pretensión de ser admitido como aprendiz, que fue aceptado, tanto por su porte como por su simpático empeño de querer ser pintor.

Después de largo tiempo, quizá algunos años, al lado del buen modesto maestro, y ya conocedor de cuanto entraña el manejo de los pinceles, moler colores, iniciación en el dibujo, composición y todo lo que concierne al aprendizaje en cuanto a lo que a pintura se refiere, no cabe duda de que al lado de las bondades del padre y no menos de la hermosa hija, preciosa en todos sus gestos según dicen, nada tiene de par-

ticular que naciera el «agudo pinchazo», llamémosle así, del amor.

Poseedor, como lo era, de ese gran sentir del artista, debió de pensar que para aspirar a aquella feliz belleza había que honrarla siendo «alguien»: honroso y honesto concepto que le impulsó, tras sentimental despedida (que quizás no agradó al maestro), a partir. ¿Adónde?... A Roma.

La *Ciudad Eterna*, emporio de arte y belleza, tenía que ser el lugar donde, venciendo las no pocas dificultades de vivir y con la tenaz y ardua labor de trabajo y estudio, compañeros de grandes sacrificios, consiguiera nuestro joven, ya hombre, lugar destacado que merecía su admirado arte, precisamente en el difícilísimo momento en que triunfaba en Roma Rafael. Y al logro de tan difícil época u ocasión apareció en su sentir la nostalgia de Valencia, ya que en ella aguardaba, con la religiosidad del buen amor, ella y su Valencia.

Retorno a la madre patria y tierra, y, claro está, la primera visita fue al taller de su viejo maestro, y en ocasión en que el anciano no estaba en casa, momento oportuno y propicio para declarar sinceramente sus ansias y vivos deseos al tesoro que antaño se adueñara del entonces muchacho, y con la fortaleza que da el ser hombre y gran pintor, expuso sus amores, anhelos y vivos deseos de verse correspondido. Poco se hizo esperar el idilio que súbito comenzara. Y mientras perplejo de gozo el amor, descubrió en una tabla, en donde el maestro tenía una obra en curso de ejecución, una de las figuras apenas esbozada, y cogiendo paleta y pinceles, en tanto el amor cantaba su felicidad, terminó la figura que faltaba en la tabla, y sin darse cuenta de cuanto hacía imprimió en el rostro de aquel ángel la belleza de su amor. Cuando, de improviso, diéronse cuenta de que llegaba el maestro, y queriendo darle una sorpresa el antiguo aprendiz y discípulo, se ocultó en una habitación contigua, mientras la hija, con natural nerviosismo y viva inquietud, disponía el yantar. El padre, alarmado al ver que algo había ocurrido en su trabajo, llamó con singular perplejidad a su hija, preguntándole:

—¿Quién ha estado aquí?

Y añadiendo de súbito:

—El que ha pintado esto sí que es un gran pintor, y no como aquel bisono Ribalta:

Y su hija, emocionada, respondió:

—Pues Ribalta ha sido, padre, que ha regresado de Roma a pedirte tu hija.

Pongamos, pues, la apostilla de que en la obra de Ribalta no hay ni más ni menos que gran arte, trabajo y amor.

## T R A B A J O

Al comentar, por último, «el trabajo» debo hacer un breve repaso de cuanto vi y estudié. Claro está que sólo citaré dos o tres figuras cumbres de aquellos que personalmente lo hicieron, pues sabido es que muchos grandes maestros tuvieron talleres, y en el ánimo de todos está la inmensa labor que en el Renacimiento lograron.

Quando fui camino de Roma, pensionado por nuestra Excelentísima Diputación valenciana, quise, antes de llegar a Roma, detenerme en ese maravilloso museo que es Florencia toda: Donatello, Lucca de la Robia, Miguel Angel, etc., en donde puede tributarse el mayor elogio al desmesurado esfuerzo de este titán, hasta como picapedrero inclusive, el genial Miguel Angel, asombroso en todas sus manifestaciones y de gran ingenio en sus artes. Sólo voy a referirme a su modalidad escultórica; y pasmado, perplejo quedé al contemplar admirado tal prodigio de trabajo, pues ustedes ya saben que el arte escultórico tiene diversas y variadas facetas, y una gran parte de trabajo que podríamos llamar material. El desbaste en mármol hasta llegar al lugar donde tenemos que iniciar la forma, el retoque de las ceras cuando se trata de ejecutar una obra en bronce, todo lo cual, hasta ahora, lo estimábamos nosotros hacer, y ahora en la actualidad ya hemos cedido a dejarnos ayudar en todo cuanto se refiere a preparación. Pero, ante el titánico esfuerzo personal que re-

presenta cuanto hizo el genial Miguel Angel, confieso a ustedes que llegué a Roma maltrecho moralmente, ante lo que supone aquella inmensa labor que comenzada deja tan *genial mano maestra*, que directa en el mármol esbozaba, como sabia lección que sirva de pauta para que reaccione el arte escultórico del dulzón amaneramiento de época no lejana, ya que todos conocemos cuánto supo hacer con una pulcra y cuidada terminación, como lo es en el *David* de Florencia y en la *Piedad* del Vaticano.

No puedo terminar este *racconto* de culto al trabajo sin volver de nuevo al arte pictórico y mencionar los cuadros geniales del también trabajador infatigable el Greco, cuyas obras son para mayores, porque ellas levantan el espíritu.

El Greco refresca la alteza del alma en este momento deplorable de transición en las artes en general. La copiosa labor de tan singular y personalísimo sentir del genial pintor tiene, a mi modo de ver, ese espíritu que podríamos decir no necesita forma (será por esto que la audacia se acoge a ello), ya que nos encontramos con que en el Greco culmina, sobre todo, el espíritu. *Ya que se había llegado a la cumbre* en el retrato del papa Doria, de Velázquez, en que no cabía más verosimilitud ni más logro de realismo en aquel labio que supura materialmente.

Entonces nos rendimos y buscamos otros caminos, y que tampoco es el de la *Venus de Milo*, ni las *Parcas*, del Partenón. Pues ¿no habíamos quedado en que Grecia es la cuna de lo bello? Pero ¿es que es lícito que, con la grandeza que el arte *todo merece*, sea camino para encontrar una nueva orientación o modalidad el valerse de unos tubos de vieja estufa, o un estribo de viejo camión, que con una también vieja máquina de escribir formemos un informe montón y nos consideremos con derecho a apellidarlos escultura?

Así como el hombre no puede al medio en que vive, se nos exige en arte que la escultura abandone la bella forma. ¿Por qué?... No. ¿Es que siempre hemos de sentir lo que se dice, que hacer lo que se siente? No, señores. No. Estudiar, trabajar con sacrificio y abnegación en la búsqueda del arte, del verdadero arte, y no pintar sin condiciones natas, etc.

Yo no me considero rebelde a la búsqueda, pero sí a los *snobismos*. Mi deseo es señalar, con marcado acento, que el trabajo es fuente de amor, éste de inspiración, y por medio del logro de saber prevalezca en esta cuna de arte que es Valencia, donde el sentimiento *estético ha sido siempre in-*

*génito* en sus naturales. ¿Cómo podemos aceptar de buen grado esto que nos trae este momento, sin saber adónde va ni qué quiere? Todo es efímero en arte cuando éste se deja llevar por la moda, ya que las modas, como tales, son siempre pasajeras.

Lo que no es efímero y no pasará es el arte del genial José Ribera, ni su crudo dramatismo en el *Martirio de San Bartolomé* ni el encanto de amor, misticismo y belleza de la *Purísima Concepción* del convento de Monterrey, en Salamanca; y en esa copiosa labor realizada y no igualada por nadie, Ribera es el genio que logra felizmente idealizar el realismo.

Y para terminar en cuanto al trabajo he querido referirme, sea el último testimonio de mi tesis, mi más sincera admiración, al también infatigable Ignacio Vergara, cuya copiosa labor culmina en el bellissimo relieve que representa el nombre de María, con gloria de ángeles, en la fachada de nuestra catedral, frente a la plaza de la Reina, prodigio de sincera lección de arte escultórico, con el gusto más exquisito de saber bien hacer en los angelitos que completan tan singular relieve, como en tantas obras admirables y elogiadas por el insigne crítico de arte Gil Fiol, que al ocuparse de la estatua de Carlos III que preside el grupo alegórico del Palacio de Justicia de nuestra ciudad, y de las esculturas del altar de la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, lo sitúa en la vanguardia del arte español del siglo XVIII. Rindo, como final, a tan ilustre maestro mi respetuoso homenaje y mi devoción, como cofundador de esta docta Casa que fue el gran valenciano artista Ignacio Vergara.

\* \* \*

Pido perdón por estos mal pergeñados comentarios y renglones míos, desdibujadas ideas que inquietan siempre mi imaginación, y sea la que por mí hable mi humilde y modesta obra, que representa a mi buen padre y que me honro dedicándola a esta sabia Corporación, la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, como testimonio de mi gratitud por la honra que me ha otorgado recibíendome en su seno.

Muchas gracias. Y muchas gracias también a tan ilustre auditorio por el favor de escuchar mis palabras.

He dicho.